

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Semíramis, por don A. P.—El Angel de la Guarda, por don Antonio Arnao.—La querrela de las Flores (poesia), por don Federico Bello y Chacon.—La Vuelta de Juan Perez (conclusion), por don José de Selgas.—Modas.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEMÍRAMIS.

PROEMIO.—NACIMIENTO DE SEMÍRAMIS.—SU ELEVACION.—
MAGNIFICENCIA DE BABILONIA.—ABDICACION DE SEMÍRAMIS.—SU APOTEOSIS.—CIVILIZACION ANTIGUA.—LAS MUJERES.

Para observar á la mujer en sus diferentes condiciones, dice una elegante escritora, recorramos el Asia; y para verla en toda su gloria, remontémonos á los tiempos maravillosos, porque están muy lejos de nosotros; detengámonos sobre las ruinas de la soberbia Babilonia. Algunas piedras dicen apenas dónde estuvieron sus murallas; mas la imaginacion las eleva en nuestro rededor: se ve la torre, el templo, los jardines suspendidos; y en semejante ilusion de recuerdos, si una paloma viene á arrullar en estos sitios, ó la voz de una mujer á aumentar tantas maravillas, se cree hallar de nuevo á aquella mujer bajo la graciosa forma en que los asirios la adoraban, ó mas bien se finje uno á la misma Semíramis, hermosa como el dia en que se presentó á su pueblo amotinado, sin diadema, sin velo, sin adornos, con los cabellos sueltos y estendido su brazo con majestad hácia los sediciosos: se cree verla, y no causa sorpresa que renaciese la calma con su presencia. La belleza, el génio, el valor, debian dar necesariamente á Semíramis un gran ascendiente sobre sus súbditos. Sirvióse de él para conducirlos á la victoria, para

inspirarles aficion á las ciencias, á las artes, á la filosofía; y al hacerles construir aquella torre, que tanto se elevaba hácia los astros, les facilitó el estudio de la astronomía, en cuya ciencia se distinguieron muy particularmente.

Pero basta de proemio, y veámos lo que en esta época era ya Babilonia, quién fué Semíramis, la célebre reina de Asiria, contemporánea de Sara.

Si esta representaba la vida patriarcal, si Agar, como veremos mas adelante, era el origen de toda una inmensa raza, Semíramis representa la civilizacion antigua, aquella civilizacion que convertia las chozas de los pastores en ciudades inmensas con magníficos palacios, que canalizaba los rios para impedir sus desbordamientos, que les sangraba para regar las campiñas.

Asentada Babilonia entre los rios Eufrates y el Tigris, y en medio de fertilísimas llanuras, se encontraba en la situacion mas favorable para ser la capital de un grande imperio. Íbalo siendo, y escitada la codicia de los árabes, consiguieron su conquista y la dominaron, hasta que Belo les espulsó del reino hácia el año de 1993, antes de Jesucristó; segun algunos historiadores. Reinó Belo en Babilonia, y le sucedió Nino, en cuyo reinado nació Semíramis, cuyo nombre significa paloma, bajo cuya forma la adoraron como á diosa los asirios y babilonios.

Hija de la desgracia y del abandono, pues su madre, Atara, la dejó á las inmediaciones de un lago, donde se guarecian las palomas, á si misma debió su gloria. La Providencia habia dado á su mente el génio; y cualquiera que fuese su condicion, y las circunstancias en que se hallase el pais que habitara, habia de brillar necesariamente.

Encontróla un pastor de ganados, y la llevó á la esposa de su capataz, llamada Simia, que la hizo criar, y por relacion con el sitio donde fué hallada, la llamó Semíramis.

Jóven ya, y hermosa, era admirada de todos por su belleza, y al verla Memnon, gobernador de la Siria, se enamoró de ella y la hizo su esposa, amándola tanto, que se la llevó consigo á la guerra, porque no podia vivir separado de ella.

Y no le estorbó, porque Semíramis no era solo una mujer bella, sino encantadora; y al seguir á su esposo, quiso serle útil, y que llevara mas bien que una mujer un soldado mas. Acomodóse un traje guerrero de su invencion, que aumentaba sus atractivos, y al presentarse de tal modo ataviada en el campamento, todos la saludaron con entusiastas aplausos.

Semíramis, que no se habia propuesto adornarse únicamente, púsose en el cerco de Bastro á la cabeza de un cuerpo de valientes asirios; y mientras los babilonios defendian la ciudad por el sitio mas débil, que era el atacado, Semíramis se dirige al lado mas difícil, escala la muralla y lleva en pos de sí la confusion y el terror á los sitiados, y se rinden.

Semíramis es ya una heroína: su nombre vuela en alas de la fama: el rey Nino quiere conocer á aquel prodigio de valor y de belleza; se apasiona de ella, propone á Memnon darle por esposa á su hija la princesa Shosana, si le cedia á Semíramis; pero Memnon tambien la ama; rehúsa; oféndese el orgullo del monarca en el desaire de su capricho y de su pasion; se irrita, y tales amenazas hace á Memnon, que se suicida éste. Entonces casó Nino con Semíramis. La niña abandonada se vió elevada al trono, y, estraña coincidencia, siglos despues veremos en Rusia elevarse desde esclava á emperatriz, la que fué llamada Semíramis del Norte, por las particularidades en que ambas mujeres coincidian.

A la muerte de Nino quedó Semíramis gobernando sus Estados, como Catalina al fallecimiento de Pedro el Grande.

Su reinado comenzó 1994 años antes de Jesucristo; y si fué notable el de sus antecesores, les eclipsó por su grandeza, por su magnificencia y por su gloria, y pocos la igualaron en victorias, en riquezas y en poderío.

Digna de la altura á que se elevó, solo en ella tenia campo su génio, y supo demostrarle. Recorrió su imperio, embelleció ciudades, construyó acueductos, abrió caminos barrenando montañas y terraplenando valles, dilató los limites de la Siria conquistando la Arabia y el Egipto, una parte de la Etiopia y de la Libia, y toda el Asia hasta el Indo.

A Semíramis se debió la reedificacion de Babilonia, el ensanche de su recinto, circundado por una muralla tan ancha, que se cuenta podian correr por ella en frente, seis carros; los frondosos jardines colgados sobre los terrados de las casas; el magnífico templo á Belo, en que colocó una estatua de aquel dios, de cuarenta piés de altura; y sus dos palacios sobre cada una de las orillas del Eufrates, torciendo el cauce del rio para juntarlos por medio de un túnel.

Se refieren maravillas de Babilonia, que parecerian increíbles, si no viéramos hoy á Lóndres y los restos de otras grandes ciudades. Se supone ocupaba un espacio de 18 leguas; que sus calles eran tiradas á cordel; que las casas tenian cuatro pisos; que eran de bronce las puertas de la ciudad, y que era, en fin, considerada Babilonia como la mayor ciudad que alumbró el sol, y la primera del mundo. ¡Y todo se debió á una mujer abandonada en su cuna, y sin otro guia que su génio!

Así es todo grande en Semíramis. Belona en la guerra, Minerva en la paz, nada tiene de estraño que se la divinizara á su muerte, que se la acatara como á diosa, y se la dispensara el apoteosis, que si bien aumentó su culto, no acreció su fama, ya imperecedera.

Cuéntase entre sus hechos notables, que hallándose un dia en su palacio peinándose, la avisaron que el pueblo, compuesto de millones de almas, se habia sublevado: sin acabar de peinarse sale á la plaza, penetra por entre la muchedumbre amotinada, y su sola presencia sosiega los ánimos y calma el tumulto. Concluido todo, torna tranquila á concluir su adorno. En su honor, y para recuerdo de este hecho, erigióse una estatua que la representaba con la mitad del cabello trenzado, y la mitad suelto.

Como lo anunció el oráculo, conspiró contra ella su hijo Ninias; y en vez de castigar á los culpables, abdicó el poder y se ocultó á la vista de los hombres. Entonces se la erigieron templos, se la levantaron altares, y la cantaron los poetas: la escultura, el pincel, la música, la poesía, todo contribuyó y contribuye aun á perpetuar la memoria de tan célebre mujer, cuyo nombre vivirá lo que el mundo.

Tambien pereció Babilonia, con cuyos escombros se edificó Ormuz, y Bagdad, la opulenta mansion de los califas. Algunos diques y restos de tanta grandeza la atestiguan hoy, y los musulmanes parecen cuidar la conservacion de un árbol donde atan sus caballos, que es el único resto de vegetacion entre cenizas y escombros, que se cree floreció en los paraísos que embellecian á Babilonia, y que parece un anciano que sobrevive á la destruccion de toda su familia.

Dijimos que Semíramis representa la civilización antigua, y ya hemos visto lo que era Babilonia. Ver-ran, dice muy bien un historiador, los que conside-ran á los asirios como guerreros, porque Babilonia reinó mas por la industria y por la ciencia, que por la conquista. Sus habitantes sacaban el algodón con que tejían sus anchas vestiduras y sus preciosas alfom-bras: sobresalían en el arte de destilar las aguas olo-rosas, y no há mucho tiempo que se han descubier-to los cilindros babilónicos, haciendo cada día la ciencia nuevos descubrimientos.

En la religion de los babilónicos habia dos cate-gorías de dioses; los héroes divinizados y los astros. Tambien adoraban á los elementos, y al Tigris, y al Eufrates. A sus génius protectores les representaban bajo la figura de palomas, peces y dragones en lu-cha con los malos génius, que recibían formas mons-truosas.

En lo que habia un estravío espantoso, delirando la razon humana por hallarse abandonada á sí misma, era en el modo de considerar la mujer. Vendíanse en pública almoneda las hermosas, y el producto de la venta servia para dotar á las feas: si el matrimonio salía desgraciado, quedaba disuelto en el acto con la restitution del dote. Otras costumbres habia tam-bien, que no eran menos repugnantes.

Sin contar Babilonia mayor prosperidad que la que le dió Semíramis, se fueron sucediendo sus re-yes hasta el año de 759 antes de Cristo, en que de los restos del primer imperio de Asiria se formaron los reinos particulares de Ninive, de Babilonia y de Media; apoderándose luego el rey de Ninive, Asar-Abdon, de Babilonia en 680, y uniendo en 625 los dos reinos Nabopolosar, empezando para este pais un nuevo período, del que habremos de ocuparnos.

A. P.

LITERATURA.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA (1).

¡Cuán interminable, cuán áspero parecería el sendero de la vida, si, abandonado á sí mismo tu-viera el hombre que disponerse á emprender el cami-

(1) La lámina á que corresponde este artículo, y que re-partimos con el número de hoy, pertenece á la coleccion de *La Velada*, que hemos adquirido. Darémos una de cuando en cuando á nuestras suscriptoras, que no podrán menos de apre-ciar una mejora que aumenta el interés de nuestra publica-cion.

no que conduce á la eternidad, vendados los ojos del alma, con un mundo de deseos en el corazon, inde-fenso contra todo género de peligros, incauto contra toda clase de asechanzas, sin mas guía que su pro-pio albedrío, ni mas apoyo que el frágil báculo de peregrino!

Lanzado de este modo el hombre en la corriente del mundo, agotaría vanamente uno por uno todos sus esfuerzos; disiparía en un día las fuerzas de lar-gos años; lucharía inútilmente, y acabaría por caer á la primera jornada; desalentado, rendido, destro-zados sus piés por los abrojos del camino.

Semejante-lucha sería imposible.

¿Quién, pues, se encarga de acoger bajo su am-paro al débil é inocente niño, apenas abre los ojos á luz del día? ¿Quién, cuando ya se ha transfor-mado en mancebo, cuida de apartarle del florido sen-dero, lleno de encantos y de halagos, pero que con-duce á un abismo sin fondo, y le hace huir de los seductores placeres? ¿Quién hace oír su voz al hom-bre, dominado por las locas pasiones; sordo á todos los gritos; azuzado por la ambición y engolfado en el proceloso mar del mundo? ¿Quién, por último, acom-paña cariñosamente al debilitado anciano, sirviéndole de apoyo en su decrepitud; consolándole en esa edad en que, por una ironía de la suerte, se presen-ta la vida con los colores mas hermosos, y no le deja un momento hasta que suena la hora de su muerte?

Nuestra divina religion resuelve este misterio con una de sus mas sublimes revelaciones. Del mismo seno de los coros celestiales, un ángel, EL ÁNGEL DE LA GUARDA, viene al lado del hombre á pro-tegerle, á guiarle, brindándole paz y consuelo. Emi-sario de Dios, el Angel Custodio le sirve de égida des-de que da su primer vagido en el seno materno, hasta que exhala su último suspiro al borde de la tumba.

¿Cuánto no dá en qué pensar este apoyo que con-cede la Divinidad á la débil naturaleza humana! La lucha del bien y el mal que con encontradas fuerzas combaten el corazon; la dulce voz de los fáciles pla-ceres que tan gratamente suena al oído; el severo grito de la conciencia que se alza imponente llaman-do al buen camino; el deber y la voluntad en dolo-rosa pugna; las pasiones hirviendo agitadamente.... ¿Qué sería del hombre si el Angel Custodio, enviado por Dios, no viniera en su auxilio?

¡Santa mision la del celeste emisario! Védele: un mortal va á abrir por vez primera sus ojos á la luz del día. Los ángeles rodean el trono del Eterno, ilu-minándose con el resplandor que mana de su frente; esperan saber cuál será el destinado á acompañar en la tierra al que va á nacer.

Señalado que es, el elegido se dispone á partir: besa los divinos piés, traspasados por duros clavos en la cima del Golgotha, y desplegando las sueltas alas

de una blancura indefinible, atraviesa la inmensidad de los espacios, y viene á posarse junto á la cuna de un niño.

Deposita un beso paternal en su frente, sellada ya por el ósculo materno: beso puro, como quien lo recibe; dulce, como de boca de un ángel. Luego bate sus alas alegremente sobre su protegido, y espera con ansiedad el momento de empezar á guiarle en sus primeros pasos en la carrera de la vida.

Este momento llega. El niño juega ya en las rodillas de su madre: luego pronuncia algunas palabras, y despues.... despues habla, corre, pregunta, desea.

El ángel derrama lágrimas de alegría, porque comienza su obra.

Miradle. Es una serena tarde de Otoño. El día va declinando, y el sol se va hundiendo lentamente, adornándose como en señal de despedida, de sus mas hermosos rayos. La sombra lo va invadiendo todo. Poco despues se deja oír el tañido triste de una campana: es el melancólico toque de oraciones; hora de recogimiento y soledad; de quietud y de silencio. La madre y el hijo se arrodillan, y la sencilla oracion de la *Anunciacion* brota á un mismo tiempo de sus labios: con acento conmovido la una; con voz balbuciente el otro. La obra del Angel de la Guarda ha empezado: en el tierno corazon del niño, cera á todas las impresiones, á todos los afectos, germina el amor de su Dios. Mas tarde, cuando sus párpados se van cerrando al peso del sueño, el niño, reclinado en brazos de su madre, dirige una corta plegaria á su Angel Custodio. En ella da gracias al compañero que Dios le ha señalado en el camino de su vida, y le ruega no le abandone en su desamparo é inocencia. El Angel, con lágrimas en los ojos, recoge de labios del tierno infante el fruto de sus afanes, y aumenta, si es posible, sus cuidados y su cariño.

¿Puede darse mision mas noble, mas santa, que la del Angel Custodio? Vela el inocente y no turbado sueño del niño: escudo invisible, vaga de continuo á su alrededor, ya infundiéndole un buen pensamiento, ya preservándole de algun funesto peligro. Es infatigable por el bien de su protegido; previsor, como enviado de quien todo lo sabe; tierno y amoroso como una madre.

Védle en el cumplimiento de su dulce ministerio. El niño mira con asombro cuanto se presenta á su vista, cuanto pasa en torno suyo: quisiera poder abarcarlo todo con su mirada, desearía tener el sol al alcance de sus manos. Lleno de inesperienza, halagado por las dulcísimas impresiones de la infancia, se ha lanzado al sendero del mundo, loco de alegría, deseándolo todo con delirio; despreciándolo despues. Cada nuevo objeto le hace lanzar una exclamacion de asom-

bro: todo se presenta á sus ojos con los risueños colores de la felicidad.

Reparad en él: atrevido, incauto, camina con la sonrisa en los labios por el sendero de la vida, oscuro en el fondo, con luces engañosas, cubierto alternativamente de flores y de abrojos. Al borde del camino, tronchados árboles señalan las huellas de los desatados huracanes que han pasado. ¿Cómo ha de reparar el niño, en un árbol destrozado por pasadas tempestades, cuando las mas hechiceras flores le llaman con sus colores y su fragancia? Ébrio de placer las admira: aquel aroma embarga dulcemente sus sentidos; aquellos colores le encantan.

—El mundo no debia tener mas que flores, exclamó el niño.

Y salta de alegría al lado de las que crecen en el camino que huellan sus piés. Cree que no puede haber mayor felicidad. Quiere poseerlas; dirige á ellas su incauta mano; pisa descuidadamente aquella rica y perfumada alfombra, y la chata y asquerosa cabeza de una venenosa serpiente asoma entre las verdes hojas y purpúreas rosas, lanzando un agudo silbido, que hace estremecerse al niño y prorumpir en un ay! de terror.

Sin embargo, su Angel Custodio no le abandonaba. Batia sus alas cariñosamente sobre su cabeza, y cuando le vió abalanzarse á aquellas engañosas flores, que bajo su hermosura y aromas, escondian al venenoso reptil, voló con celestial cariño á resguardarle entre los pliegues de su manto.

¡Cómo rebosa este cuadro en sublimidad y poesía! El niño, trémulo de espanto, cruzadas las manos sobre el pecho, como para resguardar su inocente corazon de un nuevo peligro, camina bajo la salvaguardia de su Angel Custodio. Sus desnudos piés avanzan con resolucion por una senda que poco á poco se va haciendo áspera y escarpada, y se va cubriendo de abrojos. El Angel que le guía y le ampara estiende sobre él sus suavísimas alas; la frente del enviado de Dios resplandece con una luz mas pura que la aurora del primer día del mundo: su cabellera de oro se estiende suelta sobre sus hombros: con la diestra mano señala al tierno infante el sendero de la vida. Al extremo de éste se alza una tumba con una cruz: al pié de esta tumba se abre un negro é insondable abismo, y á lo lejos, en la cumbre de una colina, se eleva un templo de gloria, foco de esplendor, derramando mares de luz que inundan el espacio. Aquel es el término que muestra el Angel como término de la carrera de la vida, y como recompensa de las fatigas que puede causarle el penoso sendero que se presenta á su vista.

Su Angel Custodio no le abandonará hasta el fin de la jornada: le iluminará con un rayo de esperanza cuando pruebe la amarga hiel de los desengaños: le

levantará cuando tropiece: le alentará cuando desmaye, y si nunca abandona la senda del bien, volará gozoso con él á la región eterna.

¡Desgraciado del que desoyendo la dulce voz de su celestial guía, se pierde en el confuso laberinto de los placeres! ¡Malhadado el que solo atiende al seductor halago de las pasiones y no hace caso de su Ángel, que por medio de la conciencia guía al caminante cuando pierde el buen sendero y se extravía entre la maleza! Si tal sucede, el Ángel llora por el hombre confiado á su custodia, lamentando sus errores y obcecación.

Cuando el hombre llega paciente y fatigado al término de su carrera, el Ángel, trémulo y palpitante, espera la decisión del Supremo Juez, que debe sentenciar al que dejó un día confiado á su protección.

Si el hombre se salva, el Ángel recoge su último suspiro, y rebotando alegría, le lleva en sus brazos á gozar con él de las venturas celestiales. Desde aquel momento le considera como su hermano.

Si el hombre se pierde, el Ángel padece por él hasta el último momento. Despues, perdida toda esperanza, exhala un ay! de dolor sobre la tumba del desgraciado, y vuela solo y desconsolado á llorar silenciosamente por su protegido, á los piés del Salvador.

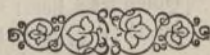
ANTONIO ARNAO.

LA QUERELLA DE LAS FLORES.

Las flores ante la sede
donde Júpiter se sienta
contra Aglaura presentaron
larga y sentida querella.
El Euro sus peticiones
al trono del Dios eleva,
recogiendo entre sus alas
en vez de perfumes quejas.
«¿Por qué motivo, decian,
esa criatura tan bella
ha de brillar en el mundo
de nuestras galas en mengua?
De celos de su hermosura,
si en el jardín se presenta,
nuestras tintas palidecen,
nuestra corola se pliega.
El céfiro por besarla
baté sus alas apriesa,
menospreciando orgulloso
de nuestro seno la esencia,

y el arroyo nutritivo
que en su cristal nos refleja,
por murmurar á sus plantas
su grata humedad nos niega.
Así de envidia morimos
ante esa faz hechicera;
nuestros aromas se agotan
y nuestro cáliz se seca.
El mundo que nos vé místicas
á despreciarnos comienza,
¿y qué les queda á las flores
si les quitais la belleza?
El lugar donde moramos
ocuparán malas yerbas,
y quedará despojada
de adornos la primavera.»
Así las quejosas flores
á Júpiter se lamentan
con el acorde murmullo
de sus balsámicas lenguas.
Y él atendiendo á sus voces
desde su espléndida esfera,
al Euro que las refiere
así le dió la respuesta:
«A los encantos de Aglaura
todo mi poder no llega,
porque en casos de hermosura
es el amor quien sentencia.
Él escondió en esos ojos
el veneno de sus flechas,
y en los cabellos de Aglaura
el hierro de sus cadenas.
Él tiene en su pecho el nido
donde suspiros lo mezcán
y en torno á su esbelto talle
inquieto revolotea.
Yo mismo, flores, á veces,
arder me siento por ella,
pese á las dulces memorias
de Europas, Danaes y Ledas,
y el cetro con que cien mundos
mi mano rije y gobierna
en su regazo arrojára
de mi pasión por ofrenda.
Sabed, flores, que no puedo
remediar vuestras dolencias,
ni valen nada mis rayos
de amor contra las saetas.»

FEDERICO BELLO Y CHACON.



LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Conclusion.)

V.

PARA SIEMPRE.

Era domingo, y al oscurecer se reunían en la iglesia todos los vecinos de la aldea, como una grande familia á rezar el rosario, y no faltaban á esta costumbre piadosa mas que los enfermos; de manera, que al toque de la campana quedaban desiertas las calles y las casas.

Juan Perez llegó hasta la puerta de la casa del sacristan sin encontrar á nadie. Aquella era tambien la casa de Cecilia. Empujó suavemente, y penetró en la entrada.

A su frente se alargaba el hogar desierto, y á su derecha vió una puerta entreabierta, y entró.

Era una pieza casi cuadrada que recibía la luz por una de las dos ventanas que decoraban la fachada de la casa. Había una mesa de pino, sobre la cual descansaba un Crucifijo de bronce, un arca tambien de pino que ocupaba el ángulo derecho. Inmediato á la ventana, cuatro sillas arrimadas ordenadamente á la pared, y el sillón de vaqueta de la madre del sacristan, colocado en medio, y dando frente á la ventana. Había ademas en uno de los ángulos interiores, sobre la pared medianera con la iglesia, una cortina blanca, detrás de la que se ocultaba la puerta angosta que ponía en comunicacion la casa del sacristan con la sacristía de la iglesia.

Cuando Juan Perez entró, Cecilia estaba de pié, y sobre una piel de cordero, negra y lanuda, tendida debajo de la ventana, estaba sentado el pequeño Valentin, el niño de dos años, el hijo de Cecilia, haciendo saltar entre sus dedos sonrosados, una manzana tan limpia y amarilla como la cera.

Juan y Cecilia se miraron en silencio, y el niño alzó su graciosa cabeza, mirando con asombro aquel hombre, cuyo vestido veía por primera vez.

Aquellas dos almas tan enamoradas, y que iban á separarse para siempre, parecían tranquilas.

Después de algunos momentos de silencio, Cecilia apartó los ojos del soldado, y le dijo con tristeza:

—Juan, siéntate.

—Soy ave de paso, contestó Juan Perez. Ave sola, perdida en el espacio, que no tiene dónde reposar. Todo lo he perdido en el mundo... ¡Quién cerrará mis ojos!... ¡Quién irá á llorar sobre mi sepultura!... ¡Para qué nací! ¡Por qué te he vuelto á ver, Cecilia, si he cegar para siempre! La jóven le asió del brazo llorando. Todo el dolor de Juan Perez lo sen-

tía ella en su corazón: amaba al soldado con toda su alma: acaso había nacido solamente para amarle: y queriendo consolarle, cuando á ella empezaba á faltarle la resignacion y el consuelo, exclamó imprudentemente:

—Juan, ¿me amas?

—Con toda mi vida.... No me mires así, siento tus ojos que se clavan en mi alma, y sube de mi corazón una cosa que me ahoga. Descansa por última vez tu cabeza sobre mis hombros.

En aquel momento se levantó suavemente la cortina blanca, y sin ser sentido apareció Valentin, pálido, con los ojos hundidos y los labios trémulos, y se quedó inmóvil, medio oculto detrás de la cortina.

Juan Perez había rodeado con sus brazos la cintura de Cecilia, tenía clavada en ella su mirada ardiente, la devoraba, la oprimía, y la pobre jóven luchaba sin fuerzas.

Aquella era una escena muda, cuyo interés es imposible describir.

Cecilia se deshizo de los brazos de su amante, trémula, afligida, desesperada, con esa desesperacion que siente la mujer cuando comprendiendo su debilidad no quiere dejarse vencer.

Juan Perez bajó los ojos de pesar y de vergüenza.

—Juan, dijo la jóven, somos hermanos.

—Es verdad, hermanos que deben separarse para siempre; y alzando al niño en sus brazos, lo suspendió como una pluma, lo besó en la frente, y lo depositó en el regazo de su madre.

—Adios! dijo Juan Perez.

—Espera, murmuró Valentin, adelantándose con trabajo, y con una voz que parecía un estertor.

Cecilia y Juan Perez se quedaron mudos de asombro, porque Valentin estaba lívido, convulso, respiraba con angustia, y se derramaba de sus ojos una luz fria, agonizante, y con la boca entreabierta, los labios secos y azules, y los brazos tendidos hácia la puerta, por la cual trataba de salir Juan Perez; parecía un cadáver que se agitaba dolorosamente por un impulso galvánico.

—Espera, continuó con voz sorda y profunda. Cecilia.... no le dejes partir. Si yo pudiera, añadiría apoyándose en el respaldo del sillón, me abrazaría á él para detenerlo, pero no puedo.... no tengo fuerzas....

Cecilia, sin pronunciar una palabra, se acercó á su marido, y con una mirada llena de angustia, quiso penetrar en el alma de Valentin; pero se espantó al contemplar de cerca aquellos ojos, aquella palidez, aquella respiracion precipitada y ansiosa.

—Acércate, dijo á Juan Perez, y tú, Cecilia. Ayudadme.... sentadme.... Y rodeando el cuello de Cecilia con su brazo izquierdo, y apoyando su mano derecha

sobre el hombro del soldado, se dejó escurrir hasta sentarse en el sillón.

—Ahora, dijo, me voy á vengar.

—Cecilia se estremeció, y Juan Perez dobló la cabeza.

—Todo lo sé, continuó con mas ansiedad. ¡Pobres hermanos!..... Juan, ella no te ha olvidado un momento; hace dos años que sigo paso á paso su dolor... ¡Cuántas veces han caído sobre mi pecho las lágrimas que derramaba por tí!

—Yo sentía, prosiguió lentamente y poniéndose la mano sobre el corazón; yo sentía aquí agitarse el germen de una enfermedad mortal. No llores, Cecilia, dijo á su mujer volviendo sus ojos apagados. Juan Perez vive, ¡ha vuelto.... Dios lo ha dispuesto así. Dáme á mi hijo.... ¡Pobre hijo mio! Tú serás su padre, Juan.... porque yo, dijo con esfuerzo sobre humano, os dejo para siempre.

Cecilia arrojó un grito, y cayó de rodillas delante de Valentin. Juan Perez sollozando sostenía la cabeza del moribundo, y el niño, sentado sobre las rodillas, miraba con espanto lo que pasaba á su alrededor sin poderlo comprender.

Valentin conoció que llegaba el momento supremo, sentía que faltaba aire para su pecho. Tendió las manos convulsivas y crispadas, buscando algo que sus ojos no alcanzaban á ver: primero encontró la mano de Cecilia, después la de Juan Perez.

—Vosotros me llorareis toda la vida, dijo con una voz que parecía un soplo.

Cecilia se deshacía en sollozos, gruesas lágrimas caían aplomo de los ojos del licenciado sobre la cabeza de Valentin.

De repente se estremeció sobre el sillón el infeliz organista, se incorporó, paseó una mirada ciega por su alrededor, y exclamó con palabras entrecortadas:

—Dios me perdonará... porque dejo... en el mundo... quien me llora todos los días....

Entonces juntó las manos de Cecilia y Valentin, y murmuró:

—Así.... así.... ahora.... estoy vengado....

Y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo del sillón, que crujió sordamente, y á los dos extremos de su boca mal cerrada, asomaron dos gotas de sangre, que se cuajaron á un tiempo.

En aquel momento se apagaba el sol completamente, y llegaba lento y triste el rumor de la gente que rezaba en la iglesia.

—Ha muerto! exclamó Juan Perez.

—Muerto! repitió Cecilia fuera de sí.

—Este cadáver es santo.

—Es el de un mártir.

Y la infeliz viuda abrazó á un tiempo á su hijo y al cadáver.

Juan Perez enjugó sus ojos.

—Cecilia, rezaremos por él todos los días.

—Sí, todos los días.

—Adios! dijo Juan Perez entreabriendo la puerta.

—Adios! sollozó Cecilia.

—Para siempre....

—Para siempre.

CONCLUSION.

El cabo Suarez y el sargento Pelao se aborrecían de muerte, pero no impedía esto que visitaran juntos la taberna pintada de la calle de San Vicente, y que mano á mano bebieran aguardiente, y juraran por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno.

Y esto solía suceder comunmente por la tarde, después de la lista.

Y estaban á la puerta de la taberna los dos el día 20 de Octubre de 1840, al caer el sol, y el cabo Suarez exclamó de repente, mirando al extremo de la calle que concluye en la muralla:

—Mi primero, aquel es Juan Perez.

—No veo, dijo el sargento tambaleándose.

Juan Perez era, y llegó á la puerta de la taberna.

—A tiempo, exclamó el cabo ofreciéndole un vaso de aguardiente.

Juan Perez se dirigió al sargento.

—Mi primero.... me vuelvo al regimiento.

—¿Te vas á enganchar?

—Para toda mi vida.

—Bravo! exclamó el sargento, á la salud del recluta, y empujó el vaso por vigésima vez.

El cabo Suarez apartó á Juan Perez á la distancia de dos pasos de la puerta de la taberna, y le dijo al oído:

—¡Y Cecilia!

—No me la nombres mas.... Todo ha muerto para mí...

—¿Y te vuelves al regimiento?

—Para toda mi vida.

—Mejor hubieras hecho en ahorcarte.

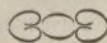
—Tengo que vivir.

—¿Por qué, si eres solo en el mundo?

—Porqué.... dijo Juan Perez, porque tengo que rezar.

El cabo Suarez soltó una carcajada, y Juan se encogió de hombros, y fué á que le dieran de alta en compañía del sargento Pelao.

José DE SELGAS.



MODAS.

La Cuaresma va adelantando su carrera, y si nos queda algun recuerdo de las reuniones bulliciosas del Carnaval, es únicamente por los bailes que se suceden sin interrupcion en los círculos aristocráticos. Los vestidos de tul, de crespon y de gasa, con caprichosas disposiciones, son los preferidos por las señoritas, y aun por las señoras de estado, que bailan: en estas telas ligeras los volantes y los follados se disputan el campo: la doble falda es tambien muy distinguida. En las telas de seda los volantes deben ser de encaje, ó si la falda no los lleva, adornarla con caídas á los lados, sembrando este nevado de blondas, que forma el rizado, con lacitos de cinta, ó de flores menuditas, segun el gusto de la modista. En los adornos la Moda no prescribe reglas fijas, pero apenas hay memoria en sus fastos de otra época en que la toilette de una dama haya sido tan graciosa y encantadora.

Los prendidos de estos trajes forman, casi todos, corona de guirnalda.

La corona *Psychis* se compone de pimpollos de rosa, con follaje natural. Este prendido va armado al estilo mitológico, y por consiguiente es una copia de los adornos de la antigüedad. Una ligera guirnalda de rosas forma un poco de punta en la frente, y á los lados y por detrás grupos correspondientes de las mismas flores.

La corona *Venus* es un bandó de ramaje con flores de color de malva, y entre ellas racimitos de madroños blancos.

La sencillez de la corona *Velleda*, de ramaje verde con granos de oro, nos recuerda la heroína del tierno episodio de Chateaubrian, del que está tomado el libreto de la *Norma*.

El prendido *Luz de luna*, es un adorno tan poético, como distinguido, y va muy bien con el ancho plegado y draperías de un vestido de tul blanco: su forma es ligera y graciosa; se compone únicamente de ramaje verde, y hojas blancas, con venas verdes y escarchadas de plata. Parte de este ramaje se entrelaza con las trenzas del cabello, que cuelgan á los lados.

El tiempo, que va mejorando, convida á pasear por las tardes, y la Moda, vestida con la sencillez que requiere la Cuaresma, si es posible sencillez en estos tiempos de una suntuosidad y un lujo tan exagerados, principia ya á dar indicios de sus deseos de novedades, á los primeros rayos del sol de primavera. Se van abandonando los pesados abrigos, y les sus-

tituyen manteletas mas graciosas y ligeras, guarnecidas de encajes, y ricos pañuelos de cachemir. Esta prenda, cuyo uso no se desterrará jamás, tiene dos épocas de elegancia: la primavera y el otoño. En España, los de crespon de la India, de bordado mas ó menos rico, les disputan el campo en ambas estaciones: en la presente quedará la victoria por los de China, segun el gran surtido que se vé en los almacenes y que, á no dudarlo, se lucirá en la próxima Semana Santa.

La suntuosidad de los vestidos que se preparan para estas festividades raya en fabulosa. La sederia se ostenta cada día mas rica. El muaré antike se sostiene en favor, y lo merece, para trajes de representacion y aparato. Se llevan lisos, aunque presentan mas novedad los de listas horizontales de muaré, alternadas con otras *chiné*, cuyo género vuelve á estar en moda. Son tambien muy distinguidas las telas de seda con listas atravesadas, y las de fondo liso con volantes *chinés*.

En las hechuras apenas hay novedad. Siempre los cuerpos altos y cerrados, y la falda larga y de mucho vuelo. En el guarnecido, volantes ó doble falda, la primera con un doble jareton, la segunda con un ancho fleco en su bajo: si se coloca otro á la misma distancia que hay entre la orilla de la primera y la segunda falda, figurará una tercera.

Como vestido modesto y de una sencillez elegante, recomendaremos uno de seda lisa, color de hoja seca, cuya falda lleva en su bajo un volante de cuarenta centímetros de ancho, puesto á pliegues gruesos, y que termina en un jareton.

La cabeza de este volante se cubre con otro mas pequeño de diez centímetros, que se coloca encima: tambien este forma cabeza, y por ambos lados lleva jareton. El cuerpo de este vestido, alto y abotonado por delante, queda muy pegado: su talle es redondo, con cinturon de la misma tela, y lazo de lo mismo al lado izquierdo con anchos cabos flotantes, guarnecidos de blonda negra. Dos terciopelos negros, puestos lisos en lo alto del pecho figuran berta, cuadrada por delante y por detrás: el segundo va guarnecido de blonda. Este doble adorno se repite en lo alto de la manga, formando punta.

Si no hubiésemos hablado antes de vestidos de baile, recomendaríamos uno de tul blanco, de doble falda, guarnecidas ambas de follados de tul, cogidos con lazadas de raso blanco, cuyo adorno se repite en la berta, que forma una V muy abierta en el escote.

AURORA PEREZ MIRON.